LA GRACIA VIDA DEL ALMA

por el

P. José Tissot

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

INTRODUCCIÓN

Este librito titulado “LA GRACIA VIDA DEL ALMA” es una separata de otro libro bastante mayor, titulado “LA VIDA INTERIOR”. La obra entera es muy buena, pero en esta parte final ha condensado lo más importante de su doctrina y es la parte más importante de su obra.

La Vida Interior es una obra grande, de más de 500 páginas, que quien lo desee podrá encontrar con facilidad en cualquier biblioteca religiosa.

Nosotros, por la experiencia que tenemos de que hoy a muy poca gente le interesan los libros grandes, hemos hecho esta separata de este importante libro, en la que sin duda ninguna hemos recogido las páginas más importantes de esta obra fundamental.

Sevilla a uno de octubre de 2000.

Andrés Codesal

LA GRACIA

Sé que todas las criaturas, en manos de la Providencia y del Espíritu Santo, son instrumentos para la santificación de los elegidos; pero todos estos medios, en definitiva, no son más que los vehículos del gran medio que se llama la «gracia». Ésta es el lazo vital entre Dios y yo; ésta es el verdadero agente de la unidad y de la vida; ésta es la verdadera formadora sobrenatural de mi piedad; ésta es la que excita y nutre mi alma, activando su marcha, dilatando su vida; ésta es en fin la que, transformándose en la luz de gloria, será mi vida por toda la eternidad.

Voy rápidamente a considerar su naturaleza, su fuente y su necesidad; mi flaqueza sin ella y los medios principales por los que se me comunica; terminando, como prenda de seguridad, con una mirada de amor sobre la Madre y sobre el Autor de la divina gracia.

CAPÍTULO I
NATURALEZA DE LA GRACIA

1. Necesidad de un vínculo.–2. Su naturaleza.–3. La gracia actual.–4. La gracia habitual.–5. Efectos de la gracia santificante.–6. Las dos gracias combinadas.

1°. *Necesidad de un vínculo.* – He visto en la primera parte cómo debo adherirme a Dios únicamente, cómo mi vida debe identificarse con su vida, cómo mi ser debe estar unido a su ser: no puedo contraer unión sino con Él; cualquiera otra unión debe romperse. De la misma manera, en la segunda parte, he visto cómo mi acción debe estar unida a la acción de Dios, mi trabajo a su trabajo, mi marcha a su marcha.- ¿Por qué medio puede realizarse una unión tan íntima?- Porque Él es infinito, y yo soy finito, y no hay proporción alguna entre lo finito y lo infinito. Es necesario, por consiguiente, un término medio que participe a la vez de lo finito y de lo infinito, que toque a la vez al hombre y a Dios; es necesario un lazo misterioso, incomprensible, que descienda de Dios, toque al hombre y le eleve hasta Dios. Este medio, Dios lo ha criado y se llama la gracia.

2°. *Su naturaleza.* – ¿Qué es, pues, la gracia? -La gracia, dicen los teólogos, es un don sobrenatural y gratuito, que Dios hace a la criatura racional para conducirla a la vida eterna. La gracia es como una emanación sobrenatural de la virtud de Dios, que viene a elevar al hombre por encima de sí mismo, y habilitar sus potencias y su ser para la unión directa con Dios, para este mundo y para la eternidad. Es esencial y absolutamente sobrenatural; de tal manera que ninguna criatura, ni real ni posible, tiene ni puede tener en su naturaleza derecho a la gracia. Está por encima de todo; para los ángeles, para la Santísima Virgen, para la misma Humanidad santa del Salvador es un don gratuito y del todo sobrenatural. Para Cristo, para la Virgen, para los ángeles y para los hombres es el medio de la unión sobrenatural con Dios. Por ella, sólo por ella, mi vida se une a la vida de Dios, mi movimiento al movimiento de Dios.

3°. *La gracía actual.* – Hay dos clases de gracia: la gracia que es transitoria y la gracia estable, la gracia de acción y la gracia de unión, la gracia del trabajo y la gracia de la vida, la gracia actual y la gracia habitual.

La gracia actual es aquella que une mi acción a la acción de Dios, es la gracia pasajera

del camino. ¿En qué consiste? Consiste en un movimiento sobrenatural, una excitación vital impresa a mis potencias a fin de hacerles obrar con Dios. En mi espíritu es luz que me ayuda a conocer a Dios y a los seres según Dios; en mi corazón es calor que me lleva a amar a Dios y a las criaturas por Dios; en mis facultades de ejecución es fuerza que me ayuda a servir a Dios y a servirme de las cosas para Dios: luz, calor y fuerza sobrenaturales; he aquí la gracia actual.

Se llama así porque es activa, impulsando a la acción, porque es el auxilio actual del momento presente, porque es dada y repetida para cada acto: es como el impulso de la mano de Dios que viene a ayudarme en cada una de las acciones que reclama de mí el cumplimiento del deber.

Este toque de la mano de Dios me previene para sugerirme el pensamiento, para inspirarme el deseo y excitarme a comenzar el acto que debo hacer: es la gracia preveniente. Sostiene en seguida mi vista en el conocimiento, mi corazón en el amor y mis fuerzas en la ejecución del deber, hasta su completa terminación: es la gracia concomitante. Por ella se establece y se mantiene el concurso de mi acción a la acción divina.

4º. *La gracia habitual.* – Aunque la excitación de la gracia actual impulsa a la vida, no da, sin embargo, ella misma la vida sobrenatural propiamente dicha; su acción transitoria no constituye a mi alma en un estado divino. Ese estado viene a constituirse por otra gracia, superior a ella, la gracia que es llamada santificarte porque es la que obra la santidad, que también es llamada «habitual» porque es estable, porque permanece en el alma y la constituye en estado de gracia.

¿Qué es esta gracia? – Es la que Santo Tomás define: «una emanación de la Bondad divina en el alma, que por esta comunicación viene a hacerse pura y justa, agradable y semejante a Dios, merecedora de la vida eterna». Es propiamente el don de la vida divina; es ella la que hace vivir al alma; por ella Dios vive en mí y yo vivo en Dios; ella me penetra y me transforma; es la virtud divina entrando en mi alma y animándola como mi alma anima mi cuerpo.

5°. *Efectos de la gracia santificante.* – La gracia santificarte me hace puro, destruye el pecado mortal, con el cual no puede cohabitar, y quita progresivamente los pecados veniales, las imperfecciones y todas las

adherencias criadas; es el gran instrumento de purificación.

Ella me hace justo. Por su mediación se forman en mí las maneras de ver sanas, las virtudes divinas, los hábitos sobrenaturales; por ella se perfeccionan los dones y los frutos del Espíritu Santo, por ella se realizan las bienaventuranzas.

Ella me hace agradable y semejante a Dios. Las adherencias criadas producen deformidades que alteran en mí la semejanza divina, según la cual fuí criado. La gracia reproduce los rasgos de esa semejanza, y por ella vuelvo a ser objeto de las complacencias del Eterno.

Ella da a mis acciones su valor meritorio: sin ella ningún acto tiene valor eterno; por ella, en cambio, no hay acto alguno en mi vida, por insignificante que sea, que no sea o pueda ser meritorio para la bienaventuranza del cielo.

Ella es la que hace la construcción de mi vida en Dios y según Dios; ella la que establece en mí la piedad y la que me da la capacidad para la gloria y la felicidad eterna; por ella me dilato y crezco para dar a Dios toda la gloria y alcanzar para mí toda la felicidad que constituyen mi fin; ella es la savia de la vida sobrenatural y va desarrollándose y haciéndome cre-

cer en cada una de las acciones que yo hago con las excitaciones de la gracia actual, en conformidad con la voluntad de Dios.

6.° *Las dos gracias combinadas.* – Antes que el estado de gracia se realice en mí, la gracia actual me excita, me impulsa a hacer actos que me acercarán a la justificación; ella es entonces una disposición para la vida. Cuando ya tengo la dicha de vivir la vida divina, la gracia actual emplea las fuerzas de animación sobrenatural depositadas en mí, las ejercita, y, ejercitándolas, las desarrolla. Sus continuadas excitaciones me ayudan continuamente a progresar, haciéndome utilizar los recursos sobrenaturales que están en mí. Por la influencia combinada de estas dos gracias se forma mi piedad; una y otra concurrren a la obra.

La una, más activa, da el movimiento; la otra, más estable, da la inclinación y la facilidad. La una, más variable, concuerda con la parte móvil de la existencia; la otra, más fija, se enlaza con el aspecto permanente de la vida. La una, transitoria, se especializa en el acto presente; la otra, más general, se extiende como un hábito fundamental a todos los actos. La una, a semejanza de Marta, va y viene según las necesidades; la otra, más parecida a María, tiene al

alma más adherida a Dios; la una extiende, prolonga el resorte de mis facultades, haciéndoles posibles actos que naturalmente no están a su alcance; la otra modifica, transforma el fondo mismo de mi ser dándole un ser nuevo, una vida divina; la una recoge los materiales, la otra los organiza, y entre ambas construyen.

De esta manera mi voluntad, excitada y sostenida por la gracia actual; nutrida, engrandecida y perfeccionada por la gracia habitual, está en la ley de Dios y medita en ella día y noche; soy así como el árbol plantado junto a las corrientes de las aguas, cuyos frutos se presentan en sazón y cuyas hojas son perennes. Y todas mis acciones prosperan para la gloria de Dios y mi eterna bienaventuranza.

CAPÍTULO II
FUENTE DE LA GRACIA

7. Los méritos del salvador. – 8. La acción de Dios. – 9. Los depósitos. – 10. Mi acción.

7°. *Los méritos del Salvador.* – Don sobrenatural, la gracia es esencialmente gratuita. Si es gracia, dice San Pablo, claro está que no es producida por nuestras obras; de otra suerte la

gracia no sería gracia. Dada por el Criador, perdida por el pecado, fué recobrada por el Salvador, que vino a buscar y a salvar lo que había perecido . Este medio divino de la vida divina viene a los hombres por Aquel que es el Hombre-Dios, y que, siendo Dios se hizo hombre, a fin de que, participando de ambas naturalezas, pudiese elevar la naturaleza humana a la participación de la naturaleza divina. En la unión hipostática de sus dos naturalezas, es el lazo de unión, el mediador entre Dios y los hombres; por Él Dios desciende hasta mí, y por Él yo subo hasta Dios; en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad, y en Él somos llenos de los dones de la gracia. Todas las gracias que yo recibo son el fruto de su sangre, pues plugo a Dios poner en Cristo la plenitud de todo ser y reconciliar por Él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra por medio de la sangre que derramó en la Cruz.

8º. *La acción de Dios.* – Jesucristo es la fuente; pero ¿por qué canales fluyen hasta el campo de mi alma las aguas de la gracia?-He visto antes que por las operaciones del beneplácito divino se produce una inmensa y perpetua corriente de gracias. Las criaturas, que

sirven de instrumentos a Dios, son instrumentos de gracia. En los múltiples contactos que yo tengo, de todas maneras y en todos los instantes, recibo una multitud de auxilios sobrenaturales, continuamente variados y renovados según las necesidades de la vida.

Y no solamente, las operaciones del beneplácito, sino también las reglas de la voluntad manifestada son gracias para mí. ¡Qué innumerables gracias no se nos comunican en el magisterio doctrinal de la Iglesia que mantiene la fe, en la organización sacerdotal que nutre la caridad, en la severa disciplina que garantiza la libertad! De modo que los socorros sobrenaturales llegan hasta mí por ambas partes de la voluntad divina.

9°. *Los depósitos.* – Estos canales están continuamente abiertos y continuamente descienden por ellos las gracias necesarias. Ellos no se cierran, pero yo puedo cerrarme, y entonces las gracias que por ellos fluyen no penetran en mí. Si yo me mantengo abierto recibo, según mi medida, la plenitud de lo que ellos contienen para mí.

Pero hay más. Nuestro Señor ha establecido depósitos especiales de gracias también especiales, de los que basta nombrar los dos

mayores, la oración y los sacramentos. El uno está al alcance de todo el mundo y en él puede cada uno tomar a su voluntad, en todo tiempo y sin medida; en el otro la dispensación está especialmente confiada a la Iglesia y tiene ésta la administración; sólo desea derramarlo en abundancia sobre los fieles. Al final de este libro se hablará de estos dos depósitos.

10º. *Mi acción.* – Yo no puedo con un derecho estricto merecer la gracia primera, esto es, la gracia que me justifica sacándome del estado de pecado; esta gracia es siempre absolutamente gratuita: en tanto que ella no venga a transformar el fondo de mi naturaleza, ninguno de mis actos tiene proporción suficiente con la gracia para poder merecerla. Sin duda que los esfuerzos hechos con el único auxilio de la gracia actual tienen cierto mérito de congruencia, pero no un mérito de derecho estricto para recibir gracias más abundantes.

Por el contrario, una vez que la vida divina ha sido comunicada a mi alma, cada uno de los actos animados por esta vida se hace meritorio de nuevas gracias. La gracia actual y la gracia habitual pueden ser aumentadas así a cada momento, según que yo hago fructificar los recursos de vida que hay en mí.

CAPÍTULO III

NECESIDAD DE LA GRACIA

11. En general. – 12. Para ver. – 13. Para querer. – 14. Para obrar. – 15. No tenemos lo suficiente. – 16. Vida nueva.

11 º. *En general.* – Todo mi bien es elevarme hasta Dios.-¿Quién, si no Él, puede elevarme hasta Él? Sin Él no puedo ir a Él. Ninguna criatura está a la altura de Dios; ninguna criatura puede elevarme hasta Dios. Y yo, ¿qué puedo? -Por mí mismo no puedo salir de mí. Cuando me apoyo en mí no salgo de mí, permanezco en mí buscándome a mí mismo; y si elevado por Dios ceso de apoyarme en Él y me apoyo en mí, caigo en seguida; es la recaída buscándome a mí mismo, es el desorden.

Dios solamente es toda mi fortaleza, mi apoyo, mi refugio y mi libertador; Él es mi sostén, mi protector y mi salvación. Yo soy la vid, dice Nuestro Señor, vosotros los sarmientos; el que está unido conmigo, y yo con él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer. - No dice, sin mí podéis hacer muy poco; sino, sin mí nada podéis hacer.

Sin Él yo no puedo ni poco ni mucho, no puedo absolutamente nada.

12º. *Para ver.* – Si quiero convencerme prácticamente de mi impotencia no tengo más que recordar lo que tengo que hacer: conocer, amar y servir a Dios como mi fin, y a su voluntad como mi camino. Ahora bien; ni el conocimiento ni el amor ni la ejecución que constituyen la piedad están en mi poder.

El conocimiento de Dios, aquella, vista de Dios que es mi verdadero fin, aquella vista a la cual soy llamado por el designio misericordioso de mi Criador, está absolutamente fuera del alcance natural del ojo de mi inteligencia. No hablo solamente de la vista eterna, cara a cara, que será la bienaventuranza eterna del cielo y que no existirá más que en los esplendores de la luz de la gloria; hablo de esa vista velada de la fe de la vista de Dios en el espejo de los seres y de su acción en el enigma de sus movimientos. De esta vista no soy capaz de distinguir por mí mismo ni el rayo más liegero.

No somos suficientes o capaces, dice San Pablo, por nosotros mismos para concebir ni un buen pensamiento como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia o capacidad viene de Dios. Así, no ya el conocimiento pleno, pero ni un simple pensamiento ni un principio de idea sobrenatural tengo en mí por mí

mismo. Para ver sobrenaturalmente a Dios y la acción de Dios, en el espejo de las cosas y en el enigma de sus movimientos, es menester ver en la luz de Dios. Sólo esta luz da al ojo de mi inteligencia la penetración sobrenatural y esa ampliación o extensión de vista que se llama la fe, con ayuda de la cual descrubro los misterios.

13º. *Para querer.* – ¿Puede acaso mi voluntad elevarse por sí misma a ese amor de Dios que se llama la caridad, que es la más divina de las virtudes divinas, que es el alma y la vida de todas las virtudes, y que es el verdadero lazo de unión entre el hombre y Dios? La caridad, dice San Pablo ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado. Ella es la obra, es el don, el gran don del Espíritu Santo. Sé que es Dios quien obra en mí el querer y el hacer; sé que la voluntad y el esfuerzo del hombre no alcanzan hasta ahí, y que sólo la misericordia de Dios obra esta elevación. La caridad es de tal manera la obra de la gracia que los teólogo se preguntan si es distinta de la gracia santificante. Por tanto, para querer el bien de Dios, para amar la gloria de Dios tengo necesidad del movimiento de Dios, sin el cual me

pierdo lastimosamente en el amor de mí mismo y de las criaturas para mí. La gracia, que es la luz del ojo de mi inteligencia para darle la vista de la fe, es también el calor de mi corazón para darle el impulso del amor.

14º. *Paya obrar.* – Soy tan incapaz, sin la gracia de hacer la menor obra en orden a mi salvación, que la pronunciación misma de una sola palabra es superior a mis fuerzas. «Nadie», dice San Pablo «puede llegar a decir, Señor Jesús si no por el Espíritu Santo». Si la simple invocación del nombre del Salvador, la invocación meritoria y santificante que es un acto de piedad, si esta simple invocación está a una altura inaccesible a las fuerzas solas de mi naturaleza ¿Cuál es la obra, cuál es el acto de que yo soy capaz? En la fortaleza de Dios yo puedo todo; lo que es imposible a mis fuerzas de hombre, es posible a Dios. Así, con la fuerza de Dios puedo ejecutar las obras más sobrenaturales de mi vocación; pero con la fuerza de mis potencias naturales no puedo elevarme a ningún acto de verdadera piedad sobrenatural. Mis fuerzas necesitan ser robustecidas, levantadas por la virtud sobrenatural de la gracia, que las adapta a las operaciones de la vida divina.

15°. *No tenemos lo suficiente.* – Puedo por mis facultades, naturales conocer, querer y obrar; pero no es eso el conocimiento, el amor y la acción que constituyen la piedad cristiana: la piedad es obra esencialmente sobrenatural, que supone en el alma una vida sobrenatural. Los actos de esta vida sobrenatural se ejercitan por mis facultades naturales, pero únicamente en virtud del principio sobrenatural que las anima. Mis facultades prestan a la gracia el concurso de su acción, por ellas obra la gracia; pero ésta es el agente principal, el motor esencial, la causa vital. -Mi cuerpo no obra naturalmente sino por virtud de mi alma; así también mi alma no obra sobre naturalmente sino por virtud de la gracia.

El alma produce las obras naturales sirviéndose de los órganos del cuerpo, y la gracia produce las obras sobre naturales sirviéndose de las potencias del alma. Mi alma es tan incapaz, por sí misma, para las operaciones de la vida sobrenatural, como lo es mi cuerpo para las operaciones de la vida natural: la una y el otro poseen los elementos primeros y como la materia de esta vida, pero les falta la formal: no somos suficientes, según la profunda expresión de San Pablo. En el cuerpo es imposi-

ble la menor operación vital sin el alma, y en el alma la menor operación sobrenatural, sin la gracias; porque la vida del cuerpo es el alma, la vida del alma es Dios.

16º. *Vida nueva.* – Es, pues, una vida nueva y superior la que me es necesaria, es la vida sobrenatural; y soy criado a esta vida por Dios, como fuí criado a la vida del cuerpo: es una secunda creación. Porque la gracia es la que nos da la salvación por la fe; y esto no viene de nosotros, sino que es un don de Dios y no de nuestras obras, para que nadie pueda gloriase. Somos hechura suya en la gracia como lo fuimos en la naturaleza; criados en Jesucristo para obras buenas preparadas por Dios para que nos ejercitemos en ellas. Para toda obra buena he sido criado, hecho de nada, sacado de la nada. Toda obra buena es en mí una creación, es decir, alguna cosa que Dios saca de mi nada porque por mí mismo yo soy nada: yo no tengo nada en mi ser natural que pueda dar nacimiento a esta vida. Sin duda mi ser natural es el elevado a esta participación divina; pero la vida misma no es sacada de mí, es creada por Dios en mí.

Soy, pues, por mí mismo tan incapaz de una buena obra sobrenatural como de mi propia creación. Una vez criado a la vida natural

puedo ejecutar sus actos, una vez criado a la vida sobrenatural puedo también ejecutar sus actos; pero la creación viene de Dios. Por esto San Pablo la llama la criatura nueva, la vida nueva, el hombre nuevo que ha sido criado conforme a Dios en la justicia y la santidad de la verdad. Lo que aquí llama la justicia y santidad de la verdad es lo que en otro lugar ha llamado «hacer la verdad en la caridad»: son siempre los tres términos de la piedad. Para que yo tenga esta vida nueva, esta vida que es según Dios, semejante a la de Dios, esta vida que es la justicia y la santidad, es decir, la piedad; para que yo la tenga, digo, es necesario que yo sea criado. Todo viene de la gracia, todo: verdad, santidad, justicia, conocimiento amor y servicio de Dios; la gracia es la que cría en mí la piedad cristiana.

CAPÍTULO IV
MI DEBILIDAD

17. El apoyo sobre mí mismo. – 18. En mí saber – 19. En mi voluntad. – 20 En mi actividad.

17°. *El apoyo sobre mí mismo.*– Esta vida nueva me es dada por la vid, de la cual soy el

sarmiento; mi vida viene de la savia, mi savia viene del tronco. Sin él nada tengo, nada soy sino un cadáver. ¿De qué presumir? ¿de qué envanecerme? Si quiero presumir de mí mismo, me separo del tronco, detengo la savia y pierdo la vida. El miembro al que el alma no puede animar plenamente pierde sus fuerzas, languidece y muere.

¿No es esto lo que sucede con mi piedad? Cada vez que quiero apoyarme en mí contar conmigo y obrar por mí mismo, siento cierta languidez y debilidad, y caigo, me separo de mi vida. Si yo supiera analizar mi corazón y penetrar los acontecimientos de mi existencia vería que toda debilidad y toda caída ha sido ocasionada por la confianza en mí mismo: he sido débil o he caído precisamente cuando he querido andar por mí mismo y abandonar la mano de Dios, y la medida en que he abandonado su mano es la medida exacta de mi caída: ahí están la medida y el secreto de toda debilidad. El alma que cuente consigo misma caerá siempre, la que nunca cuente consigo no caerá jamás.

Ahí están también la medida y el secreto de toda fuerza. En cuanto a mí, dice San Pablo, de nada me gloriaré sino de mi flaqueza,

porque el poder de Dios brilla mejor en la flaqueza del hombre. Así que, con gusto me gloriaré de mis flaquezas para que haga morada en mí el poder de Cristo. Por esta causa yo siento satisfacción y alegría en mis enfermedades, en los ultrajes, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias en que me veo por amor de Cristo, pues cuando estoy débil, entonces con la gracia soy más fuerte.

18º. *En mi saber.* – Para conocer mi debilidad es necesario que yo vea hasta qué punto cuento conmigo mismo en mis ideas, en mis afectos y en mis acciones.

En mi ideas, ¿no es cierto que cuento sobre todo, y con frecuencia hasta exclusivamente, con los recursos de mi inteligencia? ¿Qué ayuda pido a Dios en mis trabajos de espíritu, en mis reflexiones, en mis cálculos y en mis previsiones? Si preparo algún proyecto, si estudio alguna ciencia, aun las sagradas, si profundizo alguna consideración, ¿confío en la gracia más que en mi propia valía? ¿recurro a ella más que a mí mismo? ¿es ella verdaderamente la luz inspiradora y directora de mis juicios y de mis conocimientos? ¿es ella la señora de mi inteligencia? ¿vive mi espíritu en ella y por ella?

En suma, la gracia ocupa un lugar bastante reducido en la vida de mi espíritu. Se mueve éste demasiado por sí mismo, obra por sí mismo, se apoya en sí mismo más que en Dios, y en sus luces propias más que en las de la gracia. ¿Cómo asombrarme, por tanto, de mis tinieblas, de mi ignorancia, de mis errores, de mis ilusiones? El que me sigue no anda en tinieblas; mas tendrá la luz de la vida, ha dicho el Autor de la gracia. Sólo se ve bien en la luz de Dios.

19°. *En mi voluntad.* – Mi corazón no está mucho más, tampoco, bajo la acción práctica de la gracia: los toques de la gracia no son el principio habitual de sus movimientos. Sus afecciones, sus ímpetus, sus resoluciones son comúnmente muy naturales. Cuento sólo conmigo mismo para querer, para decidir; me aficiono a muchas cosas por un impulso puramente humano, de suerte que rara vez es la influencia de la gracia la que domina en mí. No debo, por lo tanto, asombrarme de mis inconstancias, de mis cobardías, de mis desmayos ni de mis desalientos. ¡Oh! si la gracia penetrase una vez profundamente en mi corazón, lo dominase y lo dirigiese, ¡cuán fuerte, constante e inquebrantable sería yo! Pero ¡cuán

difícil es arrojar de los últimos repliegues del corazón esta confianza en mí que procede del amor de mí mismo y que continuamente viene a parar en dicho amor! Sólo se ama bien en el movimieto de Dios.

20°. *En mi actividad.* – Y mis acciones, ¿están acaso más impregnadas de la acción de la gracia? Voy, vengo, me agito mucho, me muevo sin cesar y no adelanto un paso. Es la enfermedad general; se diría que el mundo tiene fiebre: éste es el signo más evidente de la materialización universal. La materia obra en el ruido y en la agitación; la acción del espíritu es suave, tranquila y silenciosa: la materia es el ruido, el espíritu es el silencio. ¡Qué alboroto, qué baraunda, qué agitación por todas partes en mi alrededor!... Y en mí, ¿hay acaso más calma?... La gracia es, por el contrario, suave, apacible, reposada y callada, y, sin embargo, poderosísima y eficaz.

La agitación humana no es mas que impotencia y esterilidad; la acción de Dios es suavidad y fuerza. Tiene una fuerza invencible para alcanzar el fin, y una suavidad inalterable para disponer los medios útiles a su fin. Fuerza y suavidad, nada la detiene y nada la irrita: nada la detiene en su marcha hacia el

fin, nada la irrita en el empleo de los medios; es el carácter de la sabiduría, es decir, de la gracia. Cuando ella me penetra, me agito menos y hago algo; cuando obro sin ella, me revuelvo mucho y no logro nada. ¡Cuánta calma en los santos y cuánta fuerza!... ¡En mí, cuánta agitación y qué impotencia!... ¿Cuándo sabré dejar a la gracia que ponga la paz en mí, y me dé fuerzas? ¿Hasta cuándo seré semjante al enfermo a quien devora la fiebre? Este se agita, y agitándose, se va extenuando y se mata. ¡Justo castigo! El que confía en sí mismo se fatiga mucho y pierde terreno siempre; el que se apoya en Dios, con poco trabajo avanza rápidamente. Que al fin, Dios mío, duerma y descanse en la paz no turbada, porque habréis asegurado mi esperanza. Sólo se obra bien en la fuerza de Dios.

CAPÍTULO V
REMEDIOS PARA LA DEBILIDAD

21. Ejemplo de San Pedro. – 22.No asombrarme. – 23. Confianza. – 24. Las recaídas.

21°. *Ejemplo de San Pedro.* – Mi gran fuerza consiste en conocer mi debilidad y miseria,

y mi debilidad en creerme fuerte. No soy nada, no puedo nada por mí mismo; cuanto mejor lo comprenda, mejor lo sentiré y más fuerte seré. El mayor de los santos es aquel que mejor comprende su nada. En todas las cosas estoy hecho a todo, dice San Pablo, porque todo lo puedo en Aquel que me conforta. La ilusión más obstinada del hombre es querer contar consigo mismo. Esta presuntuosa confianza sólo se cura con caídas, cuando puede curarse.

!Qué ejemplo el de San Pedro! Fué necesario que llegara al fondo de la apostasía, para que tocase el fondo de su nada y se curase de su presunción; no se hubiera indudablemente curado de otra manera. Las reiteradas amonestaciones del Salvador fueron impotentes para iluminarle; ¡tan ciega y obstinada es la presunción! ¡Dios mío, cuántas caídas he dado hasta aquí!.. ¡Y cuántas doy todavía!... ¡Continuamente me encuentro sumergido en el fondo del desorden, que consiste en buscar mi satisfacción a expensas de Dios! Aquí caigo siempre... ¿Por qué? porque siempre quiero confiar en mí y contar con mis fuerzas... ¡Presunción! ¡orgullo!... Tantas caídas no me han abierto todavía los ojos... ¿los abriré ahora? ¿Será necesario que caiga más abajo aún, para

ver mejor mi nada? ¡Dios mío, curadme y guardadme de la presunción!

22º. *No asombrarme.* – En lo sucesivo procuraré no contar para nada con mis fuerzas. Mas ¿cómo llegar a no conocer nada, a no querer nada, a no hacer nada sino bajo la influencia de la gracia? -No es ésta, ciertamente, obra de un día: llegar a esto. es alcanzar el término de la santidad, porque allí donde la gracia siembra sola, la gloria de Dios cosecha sola.

En fuerza del foco de concupiscencia que hay en mí, a causa también de mis malos hábitos, y sobre todo de mi amor propio, me sentiré todavía muchas veces inclinado a apoyarme en mí mismo, a obrar sin contar con la gracia, y caeré: el deseo de buscar mi satisfacción me arrastrará más o menos al desorden, según que me haya olvidado más o menos de la gracia. Pero al menos ya no me asombraré, no me turbaré, no me desalentaré: asombro, turbación, y desaliento después de caer en una falta, todo esto es fruto del orgullo. Se creía perfecto y se ve imperfecto, por eso queda asombrado; se creía hermoso y se ve horrible, de aquí su despecho y turbación; se juzgaba fuerte y siente su flaqueza, de aquí su desaliento; y se obstina en no querer ir a la fuente única

que da la bondad, la belleza y la fuerza. Si escucho a mi orgullo en su obstinación, esto será un mal mayor que la caída misma, porque es un nuevo descenso en la caída, y esto impide que la humildad venga a sacar de la caída los frutos de salvación que sabe sacar de todo, incluso del pecado.

23º. *Confianza.* – He caído; sé que ha sido por haberme apoyado en mi, que soy como un bastón de caña cascada que al que se apoyare en él le horadará la mano y se la traspasará. En vez de asombrarme, de impacientarme y de desalentarme, como me aconseja el orgullo, debo decirme a mí mismo: está bien en seguida debo arrojarme en los brazos de Dios, que cura inmediatamente mi herida y me devuelve, por su gracia, la bondad, la belleza y la fuerza. Hablaré a mí alma caída y le diré: ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me conturbas? espera en Dios, porque todavía hemos de cantarle alabanzas, como que Él es la salvación y la luz de mi rostro y mi Dios. De esta suerte mis propias miserias e imperfecciones quebrantarán mi orgullo y serán motivo para acercarme a Dios.

24º. *Las recaídas.* – Es también un ardid y una ilusión del orgullo el persuadirse, al salir

de unos ejercicios, por ejemplo, que en lo sucesivo, gracias a las resoluciones que durante ellos hemos tomado, no tendremos ya más recaídas. ¡He hecho tan buenos propósitos! ¡he tomado tan firmes resoluciones! ¡me siento tan decidido y tan fortalecido!... Ahora voy a perseguir a mis enemigos, me apoderaré de ellos y no pararé hasta que los haya aniquilado; los destrozaré sin que puedan resistir y caerán debajo de mis pies. Estas palabras son magníficas cuando brotan de la confianza en Dios; este fuego de confianza sería hermoso si no estuviese activado por el soplo del orgullo; ¡todo eso revela demasiada confianza en mí y en mis resoluciones!...

Habrá todavía recaídas, porque aun tengo confianza en mí mismo; seré aún herido en la lucha, derribado tal vez; debo temerlo y preverlo. Los caminos de las caravanas de esclavos, en los grandes desiertos africanos, están marcados por líneas de huesos humanos, restos de cadáveres de pobres esclavos muertos en la marcha. En el camino de la perfección mi ruta está también sembrada de los restos de mi orgullo, que han ido cayendo en los sitios donde he dado una caída. Mis caídas son las que me instruyen. Frecuentemente no me re-

paro en mi excesiva confianza en mis propias fuerzas hasta el momento en que caigo; pero, al menos, al caer puedo ver mi confianza en mí mismo y mi debilidad. Es necesario que yo aproveche esto; será para mí un gran medio de adelantar y adelantaré en la proporción en que sepa transportar a Dios y a su gracia la confianza que ahora tengo en mi y en mis medios; y tendré la plena seguridad de mí aprovechamiento cuando la gracia divina sea todo mi apoyo y toda mi fuerza.

CAPITULO VI
LA ORACIÓN

25. Todos los ejercicios alcanzan la gracia. – 26. Aspiración y respiración del alma. – 27. Es necesario orar siempre. – 28. Pedir en nombre de Jesús. – 29. Por qué Dios se hace rogar. – 30. Papel de la oración en la piedad

25°. *Todos los ejercicios alcanzan la gracia.* – Réstame considerar un momento los ejercicios que obtienen la gracia. Sé cuán necesaria me es la gracia divina, sin la cual no puedo ni entrar ni adelantar en la vida interior, tengo, pues, también suma necesidad de los ejercicios que la obtienen. Bueno es notar, ante todo,

que los ejercicios que disponen mi alma a la piedad, que la habitúan a volverse hacia Dios, a acercarse a Él y a someterse a su acción, me abren por sólo esto fuentes de gracias. ¿Qué es, en efecto, la gracia actual sino una impresión de luz, de movimiento y de fuerza, comunicada a mis potencias por la acción divina que se ejerce sobre mí? Todo aquello que me somete a esta acción y que me acerca a ella contribuye, pues, a aumentar en mí los movimientos divinos de la gracia actual. Por otra parte, si mi interior está justificado de la mancha del pecado mortal, todo acto que me acerca a Dios es meritorio de una nueva gracia santificante, y por este lado todo ejercicio piadoso es también, en alguna manera, un canal de la gracia.

26º. *Aspiración y respiración del alma.* – Pero hay un ejercicio más divino, en cierto modo, y más substancial, que tiene un poder más grande para acercarnos a Dios, y un poder más pleno para alcanzar la gracia: es la oración. ¡La oración, gran medio de unión a Dios, gran canal de gracias! ¡La oración, medio universal que está al alcance de todas las almas en todas las situaciones! Es el primer medio del alma que quiere levantarse, y es también el medio supremo del alma que toca ya al cielo: medio de una

eficacia soberana para aproximarnos a Dios y para obtener sus gracias.

Para acercarnos a Dios. ¿Qué es la oración?-Es la elevación del alma hacia Dios. ¿Qué es necesario para elevarme a Dios?-Dos cosas: salir de mí, e ir a Él. Para salir de mí es necesario sentir mi miseria; para ir a Él es necesario sentir su bondad. Sentir mi miseria, el vacío, la nada de mi ser, mi carencia de recursos y de vida en mí mismo, experimentar en mí la falta de aire vital, y entonces abrir hacia el infinito de Dios la ventana por la cual el aire divino penetrará en mis pulmones. He aquí la oración, he aquí sus dos movimientos de aspiración y de respiración, que corresponden exactamente a los dos movimientos fundamentales de la piedad, que son: desprenderme de mí mismo y elevarme a Dios.

27°. *Es necesario orar siempre.* – La oración es el alimento vital de la piedad. El alma piadosa se nutre de oración, como el pulmón se nutre de aire y el cuerpo de alimentos. Es menester orar incesantemente y no, desfallecer, dice el Salvador. Es como si dijera: es menester respirar siempre, sin cesar. Para la piedad, dejar de orar es como para el pulmón cesar de respirar, esto es, el fin de la vida.

Si quiero vivir esta incomparable vida de la piedad, si quiero progresar en ella es preciso que aspire continuamente el aire divino, y que me exhale yo mismo en Dios. Bajo cualquier forma que yo practique la oración, sea por actos interiores o exteriores, sea por palabras que broten natural y espontáneamente de mi corazón, o sea por fórmulas u oraciones compuestas ya para este fin, poco importa; lo esencial es que yo respire. Esa respiración no exige que se haga en esta o en la otra forma determinada; puede hacerse por todos los movimientos de mi actividad vital. Todo acto ordenado del espíritu, del corazón y de los sentidos puede ser una oración, mejor dicho, debe ser una oración, puesto que Nuestro Señor dice: *Oportet,* es menester. ¿Y qué sé necesita para que así sea? Que este acto sea un alejamiento de mí mismo y una aproximación a Dios. De esta manera la vida llega a ser una oración, y la oración llega a ser vital. Las fórmulas para orar no son precisamente necesarias sino en cuanto están mandadas en ciertas circunstancias o en cuanto contribuyen a mantener mi respiración divina.

28°. *Pedir en nombre de Jesús.* – He aquí la oración en su papel de preparación y de adap-

tación de mi alma a Dios. Tiene también además otro oficio, que es el de alcanzar la gracia. La oración obtiene la gracia en virtud de la promesa formal del Autor de la gracia. «En verdad, en verdad os digo, si pidiereis al Padre en mi nombre, os será concedido». Jesús se ha comprometido solemnemente, en su nombre y en nombre de su Padre; todo lo que pidamos nos será dado. Pero, dice, todo lo que pidamos en su nombre. ¿Qué quiere decir en su nombre?-Quiere decir que es preciso ser reconocido por Él, recomendado por Él, pertenecer a su redil. Quiere decir además que es necesario pedir con el mismo fin para el cual Él ha rescatado la gracia: la gloria de Dios y la paz del hombre; he aquí lo que Él ha procurado y reparado. Si pedimos así, para gloria de Dios y para nuestra salvación, alcanzaremos lo que pidamos. Nada de lo que así se pide puede ser rehusado, porque pedir así es pedir en nombre de Jesús. «Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra, y al que llama se le abre». Pedid fuerzas para vuestra acción y se os darán, buscad calor para vuestro corazón y lo encontraréis, llamad a la puerta de la luz para vuestro espí-

ritu y la puerta se os abrirá. Sí, Dios mío, pediré, buscaré y llamaré, porque deseo vivir: pediré para mí y para los demás, para toda la santa Iglesia de Dios. ¡Hay tantos y tan grandes intereses los cuales debo pedir! Aumentaré mis peticiones, multiplicaré las súplicas y las solicitudes, a fin de que en mí y por mí se realicen, con arreglo a toda la amplitud de mi vocación, los designios en que el Amor quiere emplear mi vida.

29º. *Por qué Dios se hace rogar.* – ¿Mas por qué Dios se hace rogar así para dar su gracia?-Porque quiere que yo esté cerca de Él para darme sus dones. El fin de mi vida es ir a Él. Si no me hubiese impuesto la obligación de la oración, permanecería constantemente en mí mismo y abusaría de sus dones lejos de Él; gastaría mi vida como el hijo pródigo, y mientras me quedase algo que dilapidar alejado de Él, no pensaría en volver a Él: la necesidad me hace volver a Él. Cuando siento mi necesidad y me acuerdo de las riquezas de la casa de mi padre, me levanto y vuelvo a ella, es decir, ruego a Dios.

Y Dios espera a que me acerque a El para abrazarme, esto es, para darme su gracia. Las tardanzas aparentes que a veces emplea res-

pecto de mí, esos largos plazos que en algunas ocasiones pone a su munificencia no tienen otro objeto sino hacer que mi aproximación a Él sea más completa ¿Qué bueno es Dios obligándome a orar por mucho tiempo? Así me excita a elevarme hasta Él, a refugiarme en Él, a entrar en Él. ¡Dios mío! ¿cuándo comprenderé vuestras misericordias y las bellezas y grandezas de la oración?

30º. *Papel de la oración en la piedad.* – ¡Qué maravilloso instrumento de vida es la oración, con su doble poder de elevación y de intercesión! Sobre todo cuando este instrumento se combina con aquel otro, y tan poderoso también, del examen. Mientras el examen endereza, vigila y dirige nuestras miras, nuestras intenciones y nuestros esfuerzos, la oración nos eleva, nos acerca y nos lleva a esa comunicación con Dios, que es toda nuestra vida: la oración establece y perfecciona esa comunicación y la va haciendo progresivamente más íntima, más continua y más completa.

Y cuanto más se eleva el alma y más se une a Dios, más gracias alcanza. Su oración determina una multiplicación de gracia casi ilimitada, y la corriente divina circula con tanta mayor intensidad cuanto más poderosamente

abre el circuito. ¡Cuántas corrientes y cuán robustas crea de este modo en la Iglesia la fuerza de la verdadera oración! ¡Hermoso instrumento en manos de las almas que saben servirse de él!

CAPÍTULO VII
LOS SACRAMENTOS

31. Signos sensibles.- 32. Los siete sacramentos.33. Los germenes depositados.- 34. Los derechos concedidos.- 35. Los tesoros acumulados.

31°. *Signos sensibles.* – He aquí los grandes depósitos y los grandes canales de la gracia, instituídos por Jesucristo para el sustento sobrenatural de las almas: en ellos es donde principalmente se bebe la vida divina, y de ellos es de donde fluye con mayor abundancia. Ha querido el Salvador emplear estos medios sensibles para derramar sobre los elegidos de Dios los torrentes de la vida sobrenatural. Como en Jesucristo, así también en los sacramentos están unidos los dos extremos: en El están unidos Dios y el hombre; en el sacramento la gracia divina está unida al signo sensible que la produce. ¿Para qué?-Para proclamar y reali-

zar, de un extremo a otro de la creación, la gran idea divina, la que ha presidido a la gran obra y la ha determinado: la unión. Dios se ha unido al hombre en la persona de Jesucristo; ésta es la cumbre de la obra divina: Él une su gracia y la incorpora a signos materiales; éste es el extremo opuesto de la creación: y de esta suerte, toda criatura se encuentra unida por una corriente divína. Esta vida sobrenatural, que es tan sublime, la recibo por medio de criaturas que están por debajo de mí. De este modo la solicitud del amor ha sabido, por decirlo así, envolver mi ser y traerme, por el lado inferior y material, la gracia que debe espiritualizarme. Procediendo de las supremas alturas viene a manar debajo de mí, para llevarme a' las cumbres donde tiene su primer origen.

32°. *Los siete sacramentos.* – Hay siete sacramentos, es decir, siete fuentes de vida suficientes para proveer a todas las necesidades sobrenaturales de mi existencia terrestre. En primer lugar el sacramento iniciador y sembrador de los gérmenes eternos, el Bautismo, que de un hijo de Adán hace un cristiano, hijo de Dios, de la Iglesia y de la eternidad. La Confirmación fecunda los gérmenes bautismales trayendo al alma los siete dones del Espíri-

tu vivificador. La Eucaristía nutre la planta sagrada con una substancia que es la substancia misma del Hijo de Dios y del Hijo del hombre; alimento supremo de la vida divina y de la vida humana en el cristiano, puesto que Jesucristo tiene la plenitud de la vida divina y de la vida humana.

La Penitencia repara los estragos, sana las enfermedades y sana hasta la misma muerte, pues borra el pecado mortal que es la muerte del alma Maravilloso remedio que cura siempre, que nunca se agota ni engaña jamás; siempre fácil, siempre preparado, suficiente para todas las enfermedades y para todas las muertes; que no exige del enfermo o del muerto más que el deseo sincero de sanar o de volver a la vida. La Extremaunción, suprema consagración y última purificación de la vida terrestre, preparación de la vida eterna, en cuyos umbrales se encuentra el alma colocada cuando la recibe.

En fin, los dos sacramentos continuadores y conservadores de las semillas sagradas: el Orden, que consagra los propagadores de la vida divina, y el Matrimonio, que consagra los propagadores de la vida humana. Estos son los dos sacramentos sociales por excelencia; son

los sacramentos, no ya del crecimiento individual, sino de la multiplicación social. Dios ha dispuesto que toda vida crezca y se multiplique.

33º. *Los gérmenes depositados.* – He recibido los sacramentos, he participado de ellos, ¿pero he sacado los frutos que debía sacar? Hay tres cosas en los sacramentos y no tengo bastante fe en ellas; he aquí por qué no saco de ellos provecho satisfactorio, y por qué tampoco sé recurrir a ellos suficientemente. No tengo bastante fe ni en los gérmenes depositados ni en los derechos concedidos ni en los tesoros acumulados en ellos. Porque los sacramentos producen la gracia santificante con los gérmenes de los hábitos que la acompañan, la gracia sacramental con los derechos que le son inherentes, y la gracia actual con los tesoros que de ella dimanan.

Los gérmenes depositados. Todos los sacramentos producen la gracia santificante: el Bautismo y la Penitencia la crean allí donde no existe; los demás sacramentos la aumentan. ¿En qué medida?-Según la capacidad del alma que los recibe; porque, por sí mismos, los sacramentos tienen una eficacia ilimitada: son como un océano de donde se puede sacar agua sin que nunca

se agote, son la fuente santa, manando siempre y para todos, y de la que cada cual lleva más o menos según el vaso que tiene.

Con la gracia santificante van juntos los hábitos infusos de las virtudes cristianas, semillas divinas depositadas al principio por el Bautismo y fecundadas después con la savia de todos los sacramentos recibidos. Si yo tuviese de veras la fe práctica en estos gérmenes y en esta savia, la tierra de mi alma no permanecería tan estéril y yo produciría, para gloria de Dios, muchos más frutos que los que produzco.

34°. *Los derechos concedidos.* – Los sacramentos producen la gracia sacramental. ¿Qué es esta gracia?- Es un derecho fundado sobre la gracia santificante en virtud del cual puedo reclamar y recibir en tiempo oportuno los socorros de gracia actual necesarios para el desarrollo de los frutos del sacramento. Cada sacramento tiene su objeto y su fruto: este objeto debe ser logrado, y este fruto debe ser preservado. Y para esto, por el privilegio mismo del sacramento, recibo un derecho a los auxilios que me son necesarios. En los tres sacramentos del Bautismo, la Confirmación y el Orden, este derecho descansa hasta en un carácter indeleble. De suerte que el bautizado tiene derecho a los auxilios

que han de preservar su dignidad de cristiano; el confirmado tiene derecho a los auxilios que han de conservar su fuerza de soldado de Cristo; el penitente, a los que mantienen su curación; el que comulga, a los que sostienen los efectos del alimento divino; el enfermo, a los que prolongan su purificación hasta el instante de la muerte; el sacerdote, a los que son requeridos por su ministerio; el casado, a los que son necesarios, para las inmensas responsabilidades de la paternidad.

¡Ah! ¡si yo supiese conservar mis derechos y valerme de ellos! Ciertamente, si Dios me los da no es para, que yo los abandone, si me impone, deberes es para que yo los cumpla, si me confiere derechos es para que los utilice. Los derechos son correlativos a los deberes; si no hago uso de los primeros no cumpliré los segundos. No, no tengo bastante fe en esos derechos sagrados, ignoro su valor, no pienso ni en aprovecharme de ellos ni en hacerlos valer: mis derechos abandonados dejan marchitarse los frutos de los sacramentos.

35º. *Los tesoros acumulados.* – Cada vez que recibo un sacramento produce en mi alma una conmoción saludable: da luz a mi espíritu, calor a mi corazón, fuerza a mis poten-

cias; es el impulso divino dado a mi Vida. Si yo tuviese fe en Dios, fe en su gracia, fe en los instrumentos de su gracia, no sería tan frío, tan perezoso, tan apático para recibir, sobre todo, los dos sacramentos que deberían ser el cotidiano sustento y la reparación constante de mi interior. Todos los tesoros, por lo que hace a alimentos y a remedios, están ahí. Todo me invita a usar de ellos con frecuencia: la miseria que en mí siento, la facilidad con que me son ofrecidos, las exhortaciones que se me hacen, los ejemplos que se me dan, la experiencia que yo y otros muchos hemos hecho, los deseos de la Iglesia y los deseos de Dios.

!Y a pesar de todo permanezco frío!¡Es porque me cuido poco de vivir para Dios y según Dios! ¡Oh tesoros sagrados de la piedad! ¡os abandonaría tanto si de veras quisiera adelantar en la piedad! El que quiere enriquecerse no se hace así el desganando frente a una caja de caudales donde fácilmente puede coger, y a manos llenas. Es necesario que en lo sucesivo tenga una fe más viva, más práctica y más eficaz en los gérmenes, en los derechos y en los tesoros que encierran los sacramentos.

CAPÍTULO VIII
LA SANTÍSIMA VIRGEN

36. La Madre de mi piedad. – 37. Dios te salve, María. – 38. Llena eres de gracia. – 39. El Señor es contigo. – 40. Bendita tú eres entre todas las mujeres.

36º. *La madre de mi piedad.* – Sé cuánta necesidad tengo de la gracia y cuán débil soy por mí mismo, sé a que alto grado de humildad me llama Dios y cuán lejos estoy de él. Cuando uno tiene ante su vista tales alturas, y siente en sí tan extremada debilidad, es un consuelo sentir la mano de Dios que jamás nos abandona y que nos está ayudando sin cesar. Consuela entregarse sin tasa ni medida en brazos de esta divina Providencia, que por las obras de su beneplácito viene a vivificar nuestra muerte, fortalecer nuestra debilidad, animar nuestra cobardía y a exaltar nuestra humildad. Consuela también, ver en la más alta cúspide de la santidad una madre incomparable, que viene a mí para sostenerme con su mano, para alentarme con su corazón y para dirigirme con su mirada. María está allá arriba, muy cerca de Dios, reina de la humildad, madre de la divina gracia, madre de mi Dios y

madre mía. Se inclina hacia mí para decirme: Yo soy la madre del amor hermoso y del temor y de la ciencia, es decir, de la piedad, pues estas tres cosas son la piedad. Y soy también la madre de la santa esperanza, porque la piedad que en mi calidad de madre formó y alimentó en vosotros sobre la tierra, no tendrá su expansión plena sino en el cielo: aquí abajo la formación, allá arriba el gozo. Soy vuestra madre para el tiempo y para la eternidad; tengo para vosotros todas las gracias, las del camino y las del fin; en mí están todas las esperanzas, las de la vida de allá arriba y las de la fuerza aquí abajo para llegar al cielo. Venid, pues, a mí todos los que suspiráis por mí; venid y saciaos de mis dulces frutos. Mi espíritu, que os dará la vida, es más dulce que la miel, y más suave que el panal de miel mi herencia, a la cual os conduciré.

37º. *Dios te salve, María.* – ¡Oh dulce y santa Madre! Sí, yo quiero ir a Vos; sí, quiero poner mi mano en vuestra mano, mi corazón en vuestro corazón, mi mirada en vuestra mirada. Tengo un deseo tan grande y tan gran necesidad de vivir esta vida de la piedad, cuyos tesoros están en Vos. Os saludo, María; os saludo, Reina y Madre de la misericordia; sois mi vida,

mi dulzura y mi esperanza. Hijo de la muerte, desterrado de la vida divina, clamo a Vos. A Vos suspiro gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Sí, Madre y Protectora mía, volved a mí vuestras miradas llenas de misericordia. Sed mi madre, cread en mí esta vida que yo no puedo hacer por mí mismo. Esta vida de Dios, Vos podéis crearla en mí, puesto qué sois la Madre de Dios; podéis crearla, puesto que la poseéis con una plenitud inconmensurable; podéis crearla, puesto que Dios os ha encargado que seáis mi madre y os ha dado para mí todas las riquezas de la vida. Madre de mi Dios, Madre de la divina gracia, Madre mía, hacedme vivir con Dios, en Dios y para Dios.

38º. *Llena eres de gracia.* – Desde el primer instante de su concepción inmaculada, María, preservada de toda mancha, fué adornada de gracias proporcionadas a su vocación, fué llena de gracia. Y durante todo el curso de su existencia mortal, fiel a su vocación, refirió constantemente a la única gloria del Altísimo todo lo que ella tenía de Él. Ni una partícula del don sagrado fué perdida, ninguna fué desviada, ninguna fué inutilizada. La inmensidad de los talentos recibidos fructificó por completo, sin que ninguna falta, ninguna imper-

fección, ninguna distracción, ningún apego a cosa ningún criada viniese a detener su vuelo. María estaba desde el principio consumada en el estado de unidad, estaba en la cumbre de la santidad. Preservada de la mancha original, nunca tuvo necesidad de purificación alguna. Ninguno de los dones divinos se ha malogrado ni frustrado en ella: todos han ido, por tanto, a aumentar el tesoro de sus méritos, de su glorificación y de su dilatación en Dios. ¡Qué vida, qué méritos, qué santidad!... Fué llena de gracia. En mí, las enfermedades del alma ¡absorben tantos recursos vitales! En ella nada es absorbido. ¡Cuántos momentos de mi existencia dejo pasar estériles! Ella, por el contrario, utilizó en su absoluta plenitud todos los instantes que Dios le concedió.

Habiendo empleado así ella los dones de Dios, puede enseñarme a utilizarlos; colocada en la cima del camino, puede indicarme la manera de marchar; modelo acabado de todas las virtudes, puede atraerme con el olor de sus perfumes; madre perfecta, puede educar a sus hijos; espejo de justicia, puede corregir mis imperfecciones. Sí; puedo tener confianza en tal madre. Dios me ha hecho su hijo, y tengo seguridad de que mi madre ni me dejará ni

consentirá sea indigno de ella un hijo que desea amarla, estar cerca de ella e imitarla. Cuanto más alta está, cuanto más perfecta es, mayor es mi confianza en ella: las madres no gustan de estar separadas de sus hijos.

39º. *El Señor es contigo.* – Ninguna es madre si no da la vida; la maternidad supone una comunicación de vida. María es madre y es Madre de Dios, porque de ella ha nacidoJesús, que se llama el Cristo. Ella ha dado la vida a Aquel que es la vida del mundo: ella es, por tanto, de una manera eminente la madre de mi vida, porque para mí el vivir es Cristo. Cristo vino a fin de ser la cabeza del cuerpo del cual son miembros todos los rescatados; Él es la vid de la cual yo soy la rama. María, madre de la cepa, lo es por tanto también de los sarmientos.

Por el privilegio de su maternidad divina María está, en la intimidad divina, encumbrada sobre todas las criaturas. Ángeles y hombres, todo le es inferior, porque ninguna dignidad, ni angélica ni humana, es comparable a la dignidad de Madre de Dios. El Señor está con ella, y ella está con el Señor de una manera supereminente. Y para ser elevada a esta dignidad María ha tenido una plenitud de gracia y una plenitud de humildad ante la cual palide-

cen las grandezas reunidas de los ángeles y de los hombres. ¡Las grandezas de la Madre de Dios!... todos los siglos las han cantado y no han dicho lo que son; todos los siglos las cantarán, según ella misma lo ha predicho, y no dirán lo que son. Y ninguna criatura dirá jamás lo que es la Madre de Dios, y qué gracia y qué humildad la ha hecho Madre de Dios.

40.º *Bendita tú eres entre todas las mujeres.* – Llena de gracia en el privilegio incomparable de su perpetua virginidad, entrando en la intimidad del Señor por el prilegio más incomparable de su divina maternidad, María es bendita entre todas las mujeres en el privilegio de su maternidad humana. La gran bendición de la mujer es ser madre. Y María lo es más que todas las mujeres, pues tiene por hijas a todas las almas santificadas. Dios se sirve de ella para comunicar la vida sobrenatural a todos sus elegidos, estableciéndola como canal de las gracias que son distribuídas a los ángeles y a los hombres; nuestro Padre celestial ha querido que todos sus favores pasen por el corazón y por las manos de una madre, a fin de que sus hijos tengan todas las dulzuras de la familia.

Yo pertenezco a la familia de Dios. Dios, mi Padre, me da todo por María, mi Madre; y

todos juntos, ángeles y santos, participamos de las gracias de nuestro Padre y de nuestra Madre. ¿Qué alma caerá en el desaliento si comprende un poco el corazón de su Dios y el corazón de María? ¡Oh Dios mío, tengo confianza en Vos, estoy seguro de que me haréis santo! ¡Oh Madre mía, Madre bendita entre todas las mujeres, en vuestros brazos me arrojo y por vuestra mediación espero obtener todo, la gracia y la fuerza, la virtud y la vida, la pureza y la gloria. Con vuestro socorro seré digno de Vos y de Dios, digno de cantar con Vos las alabanzas de nuestro Padre común, y de gozar en él, con Vos, de la beatitud eterna.

CAPÍTULO IX
JESUCRISTO

41. Invocación. – 42. Dios, el hombre ; su unión en Jesucristo. – 43. En mí. – 44. En el libro.– 45. Éste no es más que un prefacio.

41°. *Invocación.* – Jesús mío, he hablado muy poco de Vos hasta aquí. ¡Es tan difícil hablar bien de Vos! ¡Y yo sé hablar tan mal! Quisiera ahora contemplaros y conoceros para decir algo de Vos; pero el asombro se apodera de

mí como de Simón Pedro, y como él no sé más que arrojarme a vuestros pies y deciros: Maestro, apartaos de mí, que soy gran pecador.

He hablado poco de Vos y sin embargo no he hablado sino para Vos; no he buscado aquí más que una sola cosa, el secreto profundo de imitaros para llegar a ser semejante a Vos. Y he buscado las profundidades de este secreto, pues me parece que es un secreto profundo. No tengo la ambición de conocer como los santos cuál es la anchura y la largura y la altura y la profunidad. Reconozco mi pequeñez para alcanzar estás dimensiones.

Sólo he querido y he aspirado a encontrar algo de la profundidad, buscar las primeras raíces y los primeros fundamentos de la caridad, que después alcanzará a medir todas las dimensiones.

42°. *Dios, el hombre; su unión en Jesucristo.* – He dicho en la Introducción que este libro no era más que un prefacio, y es preciso demostrar esto al terminarlo. «El verdadero dogma central del cristianismo», dice Solowjew, «es la unión íntima y completa de lo divino y lo humano, sin confusión ni separación».

Para gloria suya y para la felicidad de su criatura Dios ha querido su unión con ella. La cima absolutamente perfecta de esta unión es la perso-

na adorable de nuestro Señor Jesucristo. El es Dios y es Hombre; es Dios perfecto y Hombre perfecto, Dios y Hombre unidos; juntos con una unión personal indisoluble, unidos sin confusión ni separación: ésta es la cumbre de la idea divina.

Durante veinte siglos la Iglesia ha luchado contra herejías, renovadas sin cesar, que atacaban sucesivamente bajo todas sus fases este dogma primordial y fundamental del cristianismo. Desde los primeros agnósticos hasta los últimos iconoclastas, los herejes se han encarnizado unas veces contra la integridad de la naturaleza divina en el Cristo, otras contra la integridad de la naturaleza humana y otras contra la unión de ambas. Y la verdad salió de las tinieblas, y la unión divino-humana en Cristo ha permanecido siendo la base de la fe cristiana.

¿Para qué esas luchas? - ¿por qué durante largos: siglos se ha concentrado la intensidad de la vida de la Iglesia sobre este punto? - Porque Cristo es el fundamento del edificio humano-divino y si la unión divino-humana se rompiere en Cristo se encontraría rota en la humanidad entera.

43º. *En mí.* – Es, pues, por Jesucristo, en su cuerpo y a su imagen, por quien cada hombre debe participar de la unión divina. ¿Qué es el cristiano? - Es el hombre que lleva en sí la ima-

gen de Cristo y que es miembro de su cuerpo. ¿Y cómo llegar a ser miembro de su cuerpo y llevar su imagen? -Realizando en mí, en la medida que me es propia, esta unión que es la idea específica, el carácter esencial del cristianismo. La unión con Dios sin mezcla ni confusión, sin alteración ni lesión, sin separación ni división; la unión de mi ser al ser divino, de mi vida a la vida divina; la unión por la perfección de mi ser y de mi vida, por mi elevación a la participación de la naturaleza divina; la unión por la subordinación de mi ser y de mi vida al ser y a la vida de Dios. Porque lo divino es superior y anterior a lo humano, y en la unión de ambos lo superior debe regir a lo inferior. Así como el alma rige al cuerpo, así también Dios debe regir al hombre.

Éste es el fondo, la substancia de la idea cristiana; es el cimiento del edificio, el esqueleto del cuerpo, la raíz de la planta. Si la construcción cristiana no tiene este sólido fundamento y esta substancia, no será más que una fachada pintada de barniz. Y el barniz es fácil de encontrar; más rara es la substancia.

44°. *En el libro.* – Pues bien, aquí he tratado de tener poco barniz y mucha substancia. Me parece, en efecto, no haber deseado ni pretendido ni visto más que una sola cosa: la unión

divina, la unión de mi ser todo entero, a Dios únicamente. ¿Cómo he visto esta unión? Por la gloria divina, fin supremo, resplandeciente, que lo domina todo, que todo lo atrae; por la renuncia de mi satisfacción y de todo mi ser, desprendiéndose de las fascinaciones de las criaturas, perfeccionamiento al purificarse, y por este perfeccionamiento consagrándose a la gloria de Dios; por la sujeción de las criaturas y de sus placeres al único papel de meros instrumentos que les está asignado en el plan divino: éste es el objeto de la primera parte de este libro.

¿Cuál es el trabajo de la segunda parte? - Someter el movimiento humano al movimiento divino, para que lo divino llegue a regir en absoluto a lo humano, pues la unión del uno y del otro no puede subsistir sino dirigiendo lo divino a lo humano.

Y en la tercera parte, la simplificación y la unificación de los ejercicios de piedad, sus relaciones con la gracia y el movimiento divino, indican también cómo la unión divina es la única tendencia de todos los medios.

Hay, pues, aquí la substancia primera de la vida cristiana, desde su germinación hasta su mayor desarrollo, los secretos fundamentales de la formación de la vida humano-divina.

45º. *Éste no es más que un prefacio.* – Pero no hay más que el esqueleto del cuerpo, el armazón del edificio, las raíces del árbol. ¡Oh Jesús! Vos sois la vid y yó el sarmiento; Vos sois la cabeza y yo un miembro; Vos sois la piedra angular, el cimiento, y yo una pequeñísima piedra del edificio. En Vos debo yo crecer, en Vos debo ser edificado para la eterna gloria de vuestro Padre y de mi Padre, de vuestro Dios y de mi Dios. Sois así mi fin, pues en Vos debo consumarme en la unidad: deberé, pues, estudiar vuestra vida eterna en Dios, y vuestra vida mística en la Iglesia, a fin de contemplar mi fin.

Pero sois también mi camino. Porque habéis venido a vivir nuestra vida en medio de nosotros, haciendo la voluntad de vuestro Padre que os ha enviado a fin de guiarnos en el camino eterno con los ejemplos de vuestra vida y con las palabras de vuestras enseñanzas; y nadie va al Padre sino es por Vos. Deberé, pues, estudiar vuestra vida mortal y vuestras enseñanzas, a fin de encontrar mi camino.

Y habéis querido en vuestra humanidad ser mediador entre Dios y los hombres, es decir, haceros nuestro medió vital, mereciendo para nosotros, con vuestros padecimientos y vuestra muerte, las gracias de la vida. Deberé, pues,

estudiar y meditar vuestros sufrimientos y vuestra muerte, a fin de encontrar en ese estudio los medios de mi vida.

Vos sois el tronco y yo la rama; Vos el cuerpo y yo el miembro. La rama vive con el árbol y de la vida del árbol, el miembro vive con el cuerpo y de la vida de cuerpo. Así, ¡oh Jesús! mi vida, vivo en Vos y de Vos. De Vos recibo la sangre y la savia divinas; de Vos espero mi crecimiento.

Sois, pues, mi fin, mi camino y mi medio. Lo habéis dicho Vos mismo: Soy el camino, la verdad y la vida. (Jn 14,6).

¡Oh Jesús! sed mi Jesús y conducidme con Vos por los caminos de la piedad. Así serviré, amaré y veré a Dios en el enigma de la vida presente, y después cara a cara en los resplandores de la vida eterna. Amén. *Fíat!*

CAPÍTULO X

RESUMEN GENERAL

46. – La unidad. – 47. La vida. – 48. Mandamiento, a nuestro alcance. – 49 Camino fácil. – 50. Oración.

46°. *La unidad.* – En resumen, tres puntos se destacan muy salientes del conjunto de todo lo que hemos expuesto en esta obra; son como

los tres puntos de mira de la piedad: la gloria de Dios, fin dominante de mi vida; el acto de «gracias», en aceptación de la voluntad de Dios, dominando el camino de la piedad; el golpe de vista del examen dominando los medios. Estas tres cosas se relacionan, se enlazan y vienen a constituir y-formar una sola. Así toda la piedad es reducida a la Unidad: unidad de fin, unidad de camino, unidad de medios, unidad de todo. «No hay mas que un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo», dice el gran Apóstol. No hay más que un Dios, Padre de todos, el cual es sobre todos y hacia el cual debemos elevarnos; que está en todos nosotros para elevarnos a Él, y que nos da todas las cosas como medios de ir a Él. (Ef 4,5).

¡Qué fácil es a un alma que ha comprendido esto adelantar por este medio, en este camino, hacia ese fin! En verdad, la piedad así comprendida, así desembarazada de las múltiples complicaciones en las que frecuentemente nos extraviamos, ¿no está al alcance de todas las almas ávidas de perfección? Aparece grande, es verdad, grande e infinita como Dios. Ahora comprendo mejor la amplitud de esta palabra del Salvador: Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es per-

fecto. ¡Pero esta grandeza es tan sencilla en su unidad¡

47º. *La vida.* – La unidad está aquí en todas partes; en todas partes está también la vida. El capítulo que abre y explica la primera parte se títula «La vida»; y no he hecho, en realidad, en los cuatro libros que componen esa primera parte sino meditar sobre los elementos, la organización, el crecimiento y la coronación de mi vida. La segunda parte me ha mostrado los caminos de la vida. Y finalmente los medios de la vida han sido el objeto de la tercera parte. La obra entera lleva por título *La vida interior.* La vida es, en efecto, lo que he buscado sin descanso y sin rodeos: la vida en sus fuentes, pero la vida con Dios en el interior, no la vida de agitaciones en el exterior, que no es otra cosa, separada de Dios, más que el despilfarro de la existencia.

¡Dios mío! paréceme que he bebido en estas meditaciones un verdadero deseo de vivir; de vivir, es decir, de crecer siempre y por todos los medios; de crecer, pero en Vos, pero por Vos, pero para Vos; de crecer sin fin, sin descanso, hasta la eternidad del descanso en la paz.

48º. *Mandamiento a nuestro alcance.* – No, no; este mandamiento que hoy os doy no está

sobre vosotros ni lejos de vosotros. No está en el cielo, de suerte que podáis decir: ¿quién de nosotros podrá subir al cielo para que nos traiga ese mandamiento y le oigamos y pongamos por obra? Ni está situado a la otra parte del mar, para que os excuséis y digáis: ¿quién de nosotros podrá atravesar los mares y traérnosle de allá, para que podamos oir y hacer lo que se nos manda? ¡Oh no! este mandamiento está muy cerca de vosotros, en vuestra boca está y en vuestro corazón para que lo cumpláis. Considerad que hoy he puesto a vuestra vista la vida y el bien, de una parte, y de otra la muerte y el mal... Escoged, pues, la vida para que viváis; amad al Señor, vuestro Dios; haced su voluntad; uníos a Él siendo Él mismo, como es, vida vuestra y el que ha de daros larga vida.

49°. *Camino fácil.* – Y habrá allí una senda y un camino que se llamará camino santo; no le pisará hombre inmundo; y éste será para vosotros un camino recto, de tal suerte que aun los más lerdos no se perderán en él.

He aquí delante de mí este sendero de la perfección he aquí esta gran vía de la santidad: es la vía única la vía que han seguido los santos. Pocos son los que saben encontrarla, porque el que se mancha buscándose a sí mismo y a las criatu-

ras no la conoce: éste anda por las vías múltiples y difíciles de las criaturas, mas ignora la vía de Dios. Ésta no es difícil es única, es directa, recta, corta, fácil, segura. Se puede marchar por ella sin temor y avanzar sin peligro. No es necesario tener, para andar por ella, ni sagacidad de juicio ni habilidad de ejecución. El hombre más sencillo, el más ignorante, aun el más mentecato no corre riesgo de extraviarse en ella; está al alcance de todos. Oigamos pues, todos para terminar el consejo del prudente Tobías: Alaba al Señor en todo tiempo y pídele que dirija tus pasos y que estén fundadas en Él todas tus deliberaciones (Tob 4,20).

50º. *Oración.* – Dios mío, Padre de mi vida, haced que dentro de toda la perfección posible y accesible a mi ser, hoy y todos los días de mi vida, dócil yo a la gracia de vuestro Espíritu Santo y fiel a mis medios de santificación, permanezca continuamente conforme con las disposiciones de vuestra Providencia y exacto observador de todos mis deberes, a fin de que para Vos ante todo, y para Vos sólo, crezca en Jesucristo siguiendo la verdad en la caridad, y que me regocije en la suprema y única gloria de vuestro nombre. Amén.

INDICE